

Bajo la capa del negociante, escondía la figura del hombre en constante guerra con la sociedad, para explotarla y pasar por entre las redes de la ley, burlándolas y desliziéndose como una anguila.

Caso bien común, sus necesidades eran mayores que sus medios, y apelaba a todos los recursos para proporcionarse dinero, resuelto a no escoger entre esos recursos los que fuesen permitidos, sino los más prácticos para el fin. Esta clase de hombres miran el dolor ajeno y la vida ajena como cantidades desdénables; van a su objeto, y no vuelven la cabeza atrás. Arbitrios como el de vender tierra por abono, son de los más sencillos de este hombre, resuelto a sacar de la buena fe de los demás un fuerte rédito; y si no hubiese hecho otra cosa, no sería sino un vulgar trapisondista, de tantos como en el tráfico dan gato por liebre. Pero es tal la fuerza de la realidad, que el que empieza por ahí, puede, a cada instante, ser arrastrado mucho más lejos. Estas que en Francia se llaman *indelicatesses*, en Francia y aquí deben estimarse como indicio de disposiciones para empresas más altas.

Por lo visto, y si es exacto lo que se ha dicho acerca del posible envenenamiento de un muchacho a quien había asegurado primero (forma de crimen bastante frecuente), D. Nilo no se estrenó con el asesinato del anciano de Pozuelo de Távara. No quisiera, sin embargo, mientras está el asunto en tela de juicio, decir nada que pudiera parecer que recargaba la culpa de quien tiene harta carga ya sobre sus hombros. No: libreme Dios de ello.

Ponga en claro estas cosas quien deba por razón de su cargo, y los demás no insinuemos siquiera lo que pueda interpretarse como aumento de odiosidad contra quien ya tiene que responder de un crimen tan repugnante y horrible como el de la alevosa muerte dada a Ferrero...

Y hay que convenir en que el crimen es horrible, pero mal tramado y peor ejecutado. Ningún disimulo ejercitaron sus autores (pues parece que el hijo ayudó al padre), y éste es el aspecto más triste del drama. Era imposible que, a su hora, no fuese cargo irremisible el cambio del piso, la adquisición extraña del ácido sulfúrico, tantos y tantos cabos como dejaron sueltos, para que por ellos se los pudiese coger.

Parece evidente que este criminal, hoy descubierto, venía estafando, por lo menos, sistemáticamente, para sostener a los suyos, para proporcionarles una vida y una posición superiores a lo que sus recursos le permitían; y, si esto fuese una excusa, habría que tenerla en cuenta. El cariño de la familia, que unas veces redime y dignifica el vivir, otras origina el ansia insensata de lucrarse a toda costa, a fin de que no carezcan de nada los seres queridos. Verdaderos dramas que no tienen otro origen, vemos a cada paso desarrollarse ante nuestros ojos. Desde el que roba por llevar pan a sus pequeñuelos, humilde obrero o vagabundo mendicante, hasta el burgués que comete toda clase de transgresiones para que a sus hijas no les falte un abrigo de terciopelo y a su mujer un boa de pieles, hay, en todas las esferas sociales, quien no repara en barras, quien hasta se cree ni culpable al seguir su impulso. Cuando las necesidades de la familia no son del orden fisiológico, el sustento, la vivienda, la ropa que cubre la desnudez, sino que ya pertenecen al número de las que impone la vanidad social, tenemos que ser más severos, exigir una cuenta más estrecha. El remedio de estos males estaría en la aceptación de una vida modestísima, de un ingreso en las clases populares. Y nadie tiene tal arranque, aunque debiera tenerlo todo el mundo.

He aquí un hombre honrado, que acaba de poner fin a sus días porque no le era posible ofrecer a los suyos la posición que anhelaba, y por la cual trabajaba desde años atrás. El novelista Felipe Trigo se ha pegado un tiro en la sien, al ver que su salud, deteriorada, no le permitía llevar adelante los vastos planes que meditaba, para la empresa editorial que había de hacerle rico e independiente, y a su familia, dichosa.

He llamado a Felipe Trigo un hombre de bien, y puede que protesten contra mi afirmación los que se escandalizaron de sus novelas. Yo no las defiendo, en el terreno en que han sido acusadas; reconozco que van más allá de lo que permite el decoro de la forma literaria, y el pudor social. Referir historias de amor, comentarlas, no me parece ningún desmán, y el amor, estudiado en la complejidad de sus manifestaciones sentimentales, es y ha sido y probablemente será el asunto predilecto y universal de la fábula literaria, pareciéndome excusado aducir ejemplos. Trátase aquí, con Felipe Trigo y sus novelas, de una mera cuestión de límites. Casi todo lo que ha escrito, lo pudo escribir con más reserva, sin quitar-

le verdad ni intensidad. Para mí, en *Las ingenuas*, aunque haya escenas muy vivas, y la novela no sea de biblioteca blanca ni azul, ni mucho menos, ha sabido contenerse Felipe Trigo donde el mismo arte exige que el escritor se contenga.

Ha sido después del éxito, a mi ver merecido, de *Las ingenuas*, cuando el novelista fué recargando sus cuadros, y a la vez, complicando y desquiciando su estilo. Con estos defectos, todavía su talento se revelaba en bastantes páginas, y por otra parte, el público se le mostraba tan propicio, que no hubo escritor español que así vendiese copiosas ediciones, que así ganase cantidades que nos parecen fabulosas. Un día, en la Biblioteca Nacional, me preguntó un funcionario, si presumía yo cuál autor, entre los contemporáneos, era más leído, y ante mi incertidumbre en designar, me dijo que Felipe Trigo, con gran superioridad sobre todos los restantes.

Fueron pues algunos años de felicidad los que conoció Trigo, y de esta felicidad debieron de ser partícipes los suyos, pues parece que los quería tiernamente, y no tenía egoísmos ni vicios, de esos en que derrochan los jefes de familia lo que debieran llevar a su casa. Yo he oído, en otro tiempo, hablar de poetas que guardaban cuidadosamente, en un cajón de su escritorio, jamón en dulce y emparedados, mientras sus hijos comían un puchero pobrísimos, y andaban poco menos que sin calzetos. Y lo curioso es que, en los versos de estos malos padres, se desbordaba la ternura, la intimidad familiar, y otras zarandajas. No hay que juzgar del interior por la letra impresa. Muchos escriben con recato, con efusión del alma, con una castidad etérea... y son unas detestables personas. Felipe Trigo, el de *La bruta*, era un excelente sujeto, un padre cariñoso.

Era también, y esto es más raro, un amigo leal, y un literato sin envidias ni perfidias profesionales. Si tenía su vanidad, era una vanidad candorosa, infantil, y bien explicable, dado el aplauso que el público le tributaba, y el halago de los editores. Pero jamás he visto en su consumida cara esa sombra siniestra que tiene el pesar del bien ajeno sobre los semblantes de los que no nacieron generosos.

La prensa dice que la crisis de la librería, en estos momentos, fué la causa de que Trigo se diese a soñar una empresa magna, la de fundar una Casa editorial y una Revista que eclipsase a todas, y por medio de la cual el trabajo literario se viese dignamente retribuido, libertándonos de tiranías y explotaciones. Y me parece (al recibir la triste noticia del suicidio), que veo al novelista sentado en mi despacho de Madrid, explicándome con entusiasmo su vastísimo plan, y aconsejándome que, en lo sucesivo, no me dejase arrancar una página de prosa que no me fuese pagada poco menos que a peso de oro, pues gracias a su iniciativa, la faz del trabajo literario iba a cambiar... Y yo le sentía sincero, y hasta en algunos puntos encontraba sensatas sus ideas, pero pensaba en la cantidad de miles de duros indispensables para fundar la Revista, y la Casa editorial, y todo...

Y, además, pensaba en que aquel hombre, gastado ya por una labor superior a sus fuerzas, y que nunca debió de ser robusto, desde que sufrió tan crueles heridas y perdió tanta sangre defendiendo a su patria en Filipinas, carecía de ese factor esencial, la salud, el equilibrio, la recia complexión de los luchadores.

Y en efecto, por lo que se ha dicho, su salud estaba minada, y necesitaba morfina, y la neurastenia le envolvía en su tejido de molestias de cada instante. Cuando la fatal resolución germinó en la mente del desdichado novelista, hacía varios días que la pluma no obedecía a la voluntad. Esta es la hora más trágica en la existencia de un escritor; aquella en que, sentado ante su mesa, quiera expandir, como de costumbre, su pensamiento o su fantasía en el papel, y hay algo que se lo impide, una parálisis mental, una imposibilidad tan natural, como era natural antes la inspiración. Yo comprendo el inmenso desencanto, la pena infinita del que se ve morir en vida, del que asiste al propio entierro de lo que tenía de más precioso, de lo que formaba su orgullo, su razón de ser...

Y he aquí que siento una compasión muy grande por ese escritor que, al morir, se despidió patéticamente de sus hijos, y les pide perdón de no haber sabido labrarles una posición bella y segura, de haber caído vencido antes de acabarse la batalla. Y alabo la sinceridad con que confiesa que trabajaba para los suyos, sin alarde alguno de otras finalidades más altruistas. Las entrañas son lo primero, y en la naturaleza cada ser mira por su prole, desde el insecto al pájaro y a la fiera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora que se va dejando de hablar del crimen de la calle de Lanuza, y se ha extinguido la emoción causada por su descubrimiento, voy a decir que, sin negar la actividad y celo desarrollados para conseguirlo, se me figura, no en este caso especial, sino en otros muchos semejantes, que no es tan difícil como a primera vista parece encontrar rastros de los probables asesinos.

A mi juicio, he aquí lo que debió hacerse, al plantearse el problema de quiénes podían ser autores de la desaparición de Ferrero. Ante todo, la labor de eliminación, dejando a un lado a las personas de quienes no cabía sospechar, y aislando las pocas, siempre pocas, de quienes pudiese existir algún recelo.

Cuando hay indicios tan vehementes de que un crimen ha sido cometido, y señal del crimen es una desaparición misteriosa, se me figura, y doy mi teoría por lo poco que valga, que ante todo se impone una información respecto a las personas que más en contacto estuvieron con el desaparecido, en los últimos tiempos y días que se le vió.

Averiguado esto, se sigue otra averiguación interesantísima: la de los antecedentes de esas personas, que con él estuvieron en frecuente relación, en tal época.

¿No es cierto que, si en tal indagatoria, apareciese un individuo con graves antecedentes penales, en él se fijaría vuestra atención preferente? Sabiendo que D. Nilo estaba en contacto con el Sr. Ferrero, que le veía, que le escribía, y conocidos los antecedentes de D. Nilo, ¿no era cosa de desconfiar, en primer término, de él?

La policía tiene que estar muy informada de los que reúnen antecedentes como los que D. Nilo reunía. Rara vez, en el camino de la delincuencia, se detiene o se vuelve atrás nadie. El que ha cometido numerosas estafas, y ha estado bajo la acusación de desembarazarse de un sujeto cuyo seguro sobre la vida cobra, debe ser, para la policía, como caza señalada por los perros, que apenas levante el vuelo, caiga a los pies del tirador.

Encontrando un sujeto así mezclado poco o mucho en un enigma como el de Ferrero, hay que seguirle con ardor la pista, y saber sus menores pasos y movimientos en la fecha que se supone sea la del crimen. Si tal se hubiese hecho con D. Nilo, partiendo del conocimiento de sus antecedentes, que la policía debiera poseer resumidos en ficha completa, estaba esclarecido el macabro misterio del hotelito.

Se me dirá, y con razón, que no es la policía española, en este respecto, inferior a las de otros países. También por ahí, por esas Europas, se ven casos en que la policía no aplique las reglas de la lógica y del raciocinio, ni los datos que deben servir de guía a sus investigaciones. Yo soy aficionada a leer causas célebres, por mis gustos de novelista, y he visto que no siempre ha evitado la policía extranjera las mayores desorientaciones. Tal vez, mirando estas cosas desde afuera, parezcan más fáciles que desde adentro, que esto pasa con todo. Tal vez no hay prenda más rara que el fino olfato del sabueso de policía. Tal vez esa masa de error, de engaño en los juicios que apreciamos con motivo de otras cosas, exista y pese en estas materias con peso doble. Y, al fin y al cabo, me dirán, el crimen ha sido descubierto. Pero, según la prensa, lo ha sido por casualidad, por unas palabras en un tranvía, y yo quisiera que lo hubiese sido por deducción de hechos, por algo que se asemeja, en su línea, a la labor del erudito y del historiógrafo, participando también de la del novelista. En el descubrimiento de los crímenes, la imaginación representa papel muy principal. Hay que imaginar dos o tres hipótesis novelescas, y, con arreglo a los datos, examinarlas, desecharlas o admitirlas.

Este D. Nilo, autor del crimen (creo que es lícito llamarle así aunque los tribunales no hayan emitido su fallo) es un verdadero tipo de novela de Balzac.